

La historia de Elisabeth Achelis

Elisabeth Achelis extendió el New York Times sobre su escritorio, cubriendo momentáneamente su querida placa conmemorativa en la que está inscrita una cita de origen persa de autor desconocido. Ese domingo, **8 de septiembre de 1929** (una fecha de la que nunca se olvidó y que recordó con cariño en su autobiografía de 1961, **No te quedes callado**), Elisabeth encontró **una carta al director del New York Times**, de Lewis E. Ashbaugh de Denver, Colorado. En su escrito, de tono casi informal, Ashbaugh sugirió que el entonces no oficial Comité Nacional sobre la Simplificación del Calendario considerara la adopción de un calendario de doce meses, dividido en cuatro partes iguales (quizás sugerido tan temprano como en 1745 y publicado por el Abad Mastrofini en 1834) frente al de trece meses que estaba ganando rápidamente el favor popular. Elisabeth comprendió enseguida este sencillo plan de revisión del calendario, y supo instantáneamente que su búsqueda de cinco años de algo que ayude al mundo en el cual vivía, había acabado.

En el año 1929 el científico Edwin Hubble anunció que el universo se expandía; ese mismo año Elisabeth Achelis decidió que el mundo necesitaba un calendario que uniera a la gente de todas partes del globo. Ella eligió un calendario con las fechas fijas, que serían las mismas cada año, y con la decisión y el orgullo de una madre primeriza lo llamó “El Calendario Mundial”. A partir de 1930 y hasta su muerte a la edad 93, Elisabeth Achelis se dedicaría a llevar con el mayor empuje la reforma del calendario del siglo XX.

Elisabeth creyó que la reforma del calendario es una muestra del cambio humano, y que el primer calendario se puede entender incluso como el primer acto humano de la sociología. Desde que comenzamos a hacer calendarios, hemos estado intentando perfeccionarlos, y hemos visto que las reformas del calendario coinciden con momentos históricos de crucial importancia. La reforma del calendario ha sido siempre un asunto de interés internacional, iluminando tendencias hacia el cambio empírico y nacional, pero no tuvo éxito a gran escala desde la reforma del Papa Gregorio XIII en el siglo XVI, e incluso entonces hubieron de transcurrir varios siglos hasta que la mayoría de los países desarrollados admitieran estos cambios. Cuando el calendario gregoriano se implantó en octubre de 1582, la mayoría de los países católicos lo aceptaron, pero Gran Bretaña (y por lo tanto sus colonias americanas) no adoptaron este calendario hasta 1752; Alemania en 1775; Japón en 1873; Rusia en 1917 (y otra vez en 1940); y China no adoptó el calendario gregoriano hasta 1949, año en que se inventó el reloj atómico. Muchas naciones árabes y de oriente medio todavía no han aceptado el calendario gregoriano.

En 1923, 25 años antes de que China lo adoptara, la Liga de las Naciones inició la primera tentativa seria de reformar el calendario gregoriano puesto que el papado lo puso en vigor. Al principio de esta década, los efectos de la 1ª Guerra Mundial se estaban apagando en América, y la nación emprendía un período corto de la satisfacción personal. El negocio crecía, y el gobierno era fuerte. Con este espíritu, los E.E.U.U. invitaron a otras naciones de la Liga, incluyendo las potencias europeas rotas por la guerra, a concebir un calendario que pudiera reflejar mejor los tiempos en que vivían. Sin embargo, la reforma del calendario no era una prioridad en la agenda de la Liga. ¿Por qué fue sacado el tema en este momento? Muchos representantes se imaginaban que la reforma global del calendario podría ser bastante buena para unir un mundo fracturado por la guerra. Quizás, también, los miembros de la Liga reconocieron que su mundo había comenzado a expandir la industria como nunca antes; las fábricas americanas contratadas para la producción en masa de las máquinas de guerra comenzaron a hacer coches y radios para el mercado mundial y así que pensaron que un calendario nuevo uniría mucho más al mundo industrializado.

El Comité de Investigación Especial de la Liga abordó el tema de la reforma del calendario invitando a sus naciones miembros a que elaborasen propuestas para modificar el caprichoso calendario gregoriano. Los negocios que tenían sus empresas en el extranjero tenían problemas de agenda, planificando reuniones, envíos y pagos, mientras que la tecnología exigía que las fechas del calendario fueran más uniformes. La Liga reconoció que este calendario, un conjunto de 14 calendarios desequilibrados, irregulares, y que siempre cambiaban, era inadecuado para manejar el complejo programa de la importación industrial moderna y de la exportación y dudaba si podría estar al día con la extensión mundial de la tecnología. Esto era en 1923. Este calendario caduco, constantemente cambiante puede ser aun más inoportuno para los enormes avances tecnológicos de hoy.

¿Cuál fue el resultado de esta Investigación Especial? Después de revisar unas 500 propuestas, 157 de 36 países fueron sometidas a la Liga de las Naciones en la cumbre de 1929. De éstos, la Liga eligió dos propuestas sobre las demás. Ambas eran calendarios “fijos”.

¿Qué significa “fijo” exactamente? El calendario gregoriano no es fijo; por el contrario cambia continuamente, haciendo necesario comprar calendarios nuevos cada año, puesto que el calendario se repite solamente cada 14 años. Es molesto consultar fechas de año en año porque siempre son diferentes, y quedamos perplejos por el rompecabezas de emparejar fechas con los días. Un calendario fijo o “perenne” es uno que sigue permanente de modo que, por ejemplo, Acción de Gracias sea siempre el 23 de Noviembre, y el 1 de Enero sea siempre domingo. Los defensores de los calendarios fijos argumentan que serían provechosos para los negocios: cuando las fechas son iguales en cualquier año dado, el programar es más fácil de hacer y el presupuesto y análisis de la productividad más simples de calcular. Las vacaciones del trabajo y las actividades y los días de fiesta de la escuela son además más fáciles de planear. Aparte de ayudar, porque no perdemos de vista los días teniendo un calendario estable con las fechas que no cambian, un calendario fijo nos permitiría ahorrar mucho dinero. Si no necesitáramos comprar calendarios nuevos cada año, no pagaríamos por talar los árboles, o por manejar todo el equipo necesario para producirlos (desde las bandas transportadoras de la fábrica, hasta pagar a la modelo de la foto del calendario). Los calendarios de pared que cambian todos los años no son nuestro único gasto. Tenemos hoy calendarios de escritorio, agendas, y calendarios en todos nuestros ordenadores, y en los programas de los ordenadores también. De los dos calendarios seleccionados por la Liga en 1929, el calendario fijo internacional, promovido por George Eastman de la Eastman Kodak Corporation, fue apoyado inicialmente por muchas naciones miembros. Este calendario sin embargo, probaría ser demasiado radical debido a su estructura de trece meses. En 1937, después de ocho años en competición con el otro calendario que llamó la atención de la Liga, desapareció. El segundo calendario era el Calendario Mundial, y la lucha de Elisabeth para su aceptación acababa de empezar.

Elisabeth Achelis nació en Brooklyn, NY, hija de Fritz Achelis, hombre de negocios Alemán Americano con mucho éxito. El presidente del Hospital Hill Lenox en Nueva York, Fritz Achelis era también el presidente de la American Hard Rubber Company, una empresa que gozó de sus días dorados en la época del auge del automóvil. Nunca se presentaba sin usar los pendientes que le regaló su hermano para ayudar a distinguirse de su hermana gemela, aun cuando la moda de los pendientes era considerada incorrecta para las señoras de modales distinguidos, Elisabeth era una mujer atractiva con la mirada serena, ojos gris azulados, la ropa meticulosamente elegida, que siempre llevaba el pelo liso recogido en una cuidada trenza o un moño. Normalmente reservada y bastante tímida, era fuerte y asertiva al hablar de su tema preferido: la reforma del calendario.

Elisabeth quería seguir un camino diferente al de su gemela idéntica, que viajó extensamente y sin prisa con su marido y su niño. Mientras que su hermana Margaret eligió una vida doméstica sencilla y fiestas con cenas suntuosas en su casa de Connecticut, Elisabeth Achelis estaba lejos de contentarse con ser otra heredera millonaria de Nueva York en su rico entorno social. Durante algún tiempo, su trabajo como enfermera para la Cruz Roja durante la Primera Guerra Mundial le ayudó a satisfacer la necesidad de hacer algo diferente, pero ella pretendía hacer mucho más.

En 1929 acudió a una conferencia en el elegante y moderno Lake Placid Club dada por el dueño del club, el Dr. Melvil Dewey, que pronto desarrollaría el sistema decimal de Dewey. El Dr. Dewey habló sobre la simplificación de vida, y su charla se centró en las ventajas de la estandarización para la paz del mundo y para los grandes negocios. Señaló los beneficios del tiempo estandarizado para el ferrocarril, el sistema métrico, y la conversión al sistema decimal de la moneda, profetizando el alcance global de estas construcciones socioeconómicas. Finalmente, mencionó un calendario de trece meses. Este era calendario de Eastman, y aunque Elisabeth quedó electrizada por la idea de la reforma del calendario y volvió a casa creyendo que ahora tenía una causa, ella sabía que la noción tan radical como el calendario de trece meses nunca sería una solución muy realizable. Dos semanas después de este instructivo acontecimiento, Elisabeth encontró una carta al director del New York Times de Lewis Ashbaugh, impulsando su deseo altruista de entrar en acción, y así comenzó su cruzada para llevar a cabo el uso del Calendario Mundial en cada país a lo ancho del globo.

Como mujer soltera de la década de 1930, Elisabeth hizo una cosa extraña atacando directamente al corazón de la política y de la reforma social. Ella deseó hacer algo que promoviera la armonía, el orden, el equilibrio, y la estabilidad global, las cuatro palabras que rodearían más adelante el sello del Calendario Mundial. Ella eligió invertir su dinero y su tiempo en una misión casi imposible. Con motivo de una entrevista para Collier en 1949, Elisabeth escribiría más adelante:

“No soy una millonaria como el duque de Doris, Barbara Hutton y otras grandes fortunas. Mi padre me dejó una herencia que consideraba que tenía que usar para ayudar a mis semejantes. No deseaba utilizar este patrimonio solamente para mí, adquiriendo más posesiones y dedicándolas a medios egoístas o a fines personales. No estando casada y estando libre de responsabilidades familiares, estaba en una buena disposición para llevarlo a cabo”.

¿Cómo funcionaría este calendario, al que Elisabeth quiere adherirse tan vehementemente? En el Calendario Mundial, cada año es igual. Cuando usted mira **El Calendario Mundial**, ve que está dividido en cuatro cuartos (o filas) de tres meses cada uno. Cada cuarto comienza en domingo y termina en sábado. El primer mes tiene 31 días mientras que los dos meses siguientes tienen 30 días cada uno. Este es el equilibrio simétrico al cual Elisabeth se refiere constantemente en toda su correspondencia, discursos, y artículos. En un editorial del Department Store Economist, en agosto de 1946, Elisabeth escribió: “El Calendario Mundial en su disposición rítmica y matemática tiene la ventaja añadida de la coordinación y la cooperación perfectas entre las distintas unidades de tiempo dentro de cada cuarto de año, y ofrece un patrón ideal para una mayor armonía, orden e igualdad”. El Calendario Mundial es proporcional porque cada cuarto es igual que los otros, y cada columna de meses es igual que las otras dos columnas. Esto significa que hay 364 días en el año, y 91 días en cada cuarto.

Donde están los asteriscos, se inserta un día “intercalar” entre el sábado 30 de diciembre y el domingo 1 de enero para hacer 365 días, y cada cuatro años, se añade otro día en blanco entre el sábado 30 de junio y el domingo 1 de julio. La fuente de la referencia ocasional a estos días “en blanco” es debido a que no se le asignan ni un nombre de día (lunes, martes, etc.) ni una fecha numerada (el 31). Es con estos días reales, aunque intercalares, con los que el equilibrio del calendario es imperturbable. Los fabricantes del Calendario Mundial señalaron a éstos como “Días del mundo,” o días que Elisabeth Achelis y sus partidarios proclamaron que debían ser reservados como días de fiesta en el mundo para ser celebrados a través del globo. Afganistán, Canadá, México, Honduras, y varios otros países decretaron que darían su respaldo al plan solo si todas las naciones prometieran celebrarlos, tanto les gustó la idea de días de fiesta globales. Y, como Australia abogaría más adelante, con objeto del mantenimiento de registros, los hechos que ocurrieran en los “Días del mundo” se podría decir que habían ocurrido en el 31 de junio y de diciembre. Elisabeth consintió finalmente esta alteración liderada por Australia y por otras nueve naciones para dar su apoyo total al nuevo calendario.

Hay que hacer notar que en el Calendario Mundial, marzo, mayo y agosto tienen 30 días en vez de 31, febrero tiene dos días más (el 29 y el 30), y abril (y junio de los años bisiestos) gana el día 31, lo que puede presentar un problema para algunos. Sin embargo, pensando cuánto trastorno produciría un calendario de 13 meses, el impacto de estos cambios parece despreciable. Como un editorial en el New York Times en 1966 señalaba en apoyo del plan del Calendario Mundial, puede ser que sea realmente bueno perder algunas de estas fechas. Por ejemplo, el 31 de agosto de 1919, aniversario del partido laborista comunista en Chicago no sería necesario celebrarlo más veces. Y, aunque desaparecería el 31 de marzo de 1958, que fue cuando la Unión Soviética decidió prohibir las pruebas nucleares, también en esa fecha tres años más tarde fue cuando, el 31 de agosto de 1961, la Unión Soviética comenzó a realizar pruebas nucleares otra vez.

Quizás el mayor escollo de este plan del calendario es que crecimos aceptando, y por tanto esperando, que nuestro cumpleaños sea en distinto día de la semana cada año. Elisabeth creía que deberíamos esforzarnos por superar esta preocupación personal, y en su lugar deberíamos “tener la satisfacción de sacrificar algo por el orden, la armonía, la unidad, y la cooperación”. Ella creía que la auténtica razón por la que tenemos calendarios es para proporcionar un cierto orden a nuestras vidas y acontecimientos personales, así que ésta debe ser nuestra prioridad al pensar en términos de reforma. Cuando nos lamentamos porque nuestro cumpleaños sea siempre lunes o jueves, Elisabeth nos anima a pensar en el mundo entero, accediendo a una fuerza unida y que mira hacia paz del mundo. Con el Calendario Mundial, los bebés del año bisiesto conseguirían recobrar sus cumpleaños, mientras que los nacidos el 31 de marzo, de mayo y de agosto “perderían” sus cumpleaños, así que pueden elegir celebrarlo el día 30 del mismo mes, al igual que los bebés de los años bisiestos ahora celebran su día especial el 28. Por supuesto, una vez que el Calendario Mundial haya funcionando durante algún tiempo, este aspecto de la discusión llegaría a quedar obsoleto, y los nuevos bebés nacerían en las nuevas fechas.

El Calendario Mundial no es radicalmente diferente del calendario gregoriano, y las reformas gregorianas tampoco fueron excesivamente severas; estas reformas -que ajustaron el calendario de modo que se pudiera añadir un día en los años bisiestos cada cuatro años- han ayudado enormemente a no perder la pista del tiempo, y así que estas medidas de la reforma podrían afectar a la manera en que medimos el tiempo de un modo igual de impactante. Dado que la vida actual es bastante distinta a la de 1582, ¿por qué no modificarlo ahora para reflejar nuestro mundo moderno? Las ventajas del Calendario Mundial están claras: con el mismo calendario para todos los años futuros, podemos visualizar fechas

importantes muchas semanas, meses, incluso años por adelantado. Esto hace la planificación para un acontecimiento en un futuro lejano más simple, y ayuda a la gente de todo el mundo a no perder de vista estos acontecimientos en su conjunto. Elisabeth tuvo que hacer muchas veces su exposición rápidamente, porque a menudo la limitaron a apenas algunos minutos en los grandes foros internacionales; ella habló sobre la capacidad del Calendario Mundial para alcanzar armonía, orden, equilibrio y estabilidad, y su poder para promover la paz en el mundo. ¿Pero qué quería decir con esto? ¿Estas palabras son solo meras abstracciones que enmascaran la incapacidad de Elisabeth para indicar en concreto cómo el Calendario Mundial podría ser mejor que nuestro calendario actual? Ella utilizó el Diario para la Reforma del Calendario, que fue distribuido como publicación mensual gratuita en 20.000 escuelas, instituciones, y bibliotecas, para hacer su caso práctico.

“El calendario nos pertenece a todos”, alardea el anuncio interior de la portada, y en las páginas siguientes se explica. La industria, explica Elisabeth, debe exigir un calendario estable, exacto, comparable, en el cual los días laborables caigan regularmente en las mismas fechas del mes, y que los días de fiesta sean siempre los mismos días y fechas cada año. Una corporación consiste en muchos departamentos. Un departamento se ocupa de trabajadores temporales cuyo salario se calcula sobre una base diaria. Otro tiene empleados fijos que cobran la paga cada semana o cada 15 días. Otro, a cargo del envío o del transporte, utiliza el mes para sus expedientes. Los principales gastos de las cuentas se calculan sobre una base trimestral o semestral. Con el calendario gregoriano, con sus cambiantes fechas y número de días por unidad del tiempo, esta clase de cálculo es inmensamente complicado y causa muchos problemas al crear presupuestos o el sueldo de las vacaciones. Las cuatro divisiones del Calendario Mundial contienen un número constante de días, semanas o meses, lo que simplifica el cálculo y la tabulación de las declaraciones financieras.

Cada Departamento del Gobierno Federal también se beneficiaría de esta simetría. El Departamento de Trabajo sigue cuidadosamente los datos de empleo y del volumen de las ventas industriales; el Ministerio de Comercio mantiene una estadística constantemente ajustada del comercio interior y exterior; el Ministerio de Agricultura elabora los datos que mantienen a los granjeros de la nación informados de las tendencias importantes en cosechas y mercados; Hacienda debe comparar expedientes de las tasas aduaneras, impuestos sobre la renta, recaudación de la renta pública, e intereses pagados y recibidos; y todos los demás Departamentos del gobierno -Estado, Interior, Armada, Ejército, etc.- necesitan regular sus gastos y tabular el uso de sus fondos. Para el gobierno, el día, la semana, el mes y el trimestre tienen todos la misma importancia. Así pues, el Calendario Mundial, perpetuo en que todas esas unidades de tiempo se encuentran en el último día de cada trimestre (91 días o 13 semanas o 3 meses) es de un valor incalculable.

El impuesto trimestral más común es el impuesto sobre la renta federal. Actualmente, los 15 de abril, junio, septiembre y enero, en los cuales vencen los pagos, constantemente cambian en cuanto al día de la semana y son difíciles de calcular y recordar. Y, cuando una de las fechas del pago es un domingo, es necesario prever los pagos del impuesto el lunes. En el Calendario Mundial los cuatro 15 de marzo, junio, septiembre y diciembre caen siempre (cada año, por supuesto) en viernes, el último día completo de una semana de trabajo, el día de la semana más práctico para tales pagos.

Hay dos ventajas del Calendario Mundial que interesan particularmente a los abogados. Son la división del año en los trimestres iguales, y el hecho de que un día del mes sea siempre el mismo día de la semana. Al presentar un caso ante el juez, es imprescindible que los abogados sean exactos con su lenguaje, y al referirse a un trimestre legal, sería

maravilloso que tuviera siempre el mismo número de días. También, uno tiene que decir “el primer martes después del primer lunes de noviembre” para expresar el Día de la Elección, por ejemplo; los abogados tienen que ser cuidados de no utilizar una descripción imprecisa como “el último y cuarto” lunes, martes etc., puesto que cierto mes según el calendario gregoriano puede tener cinco de tales días. Un calendario perpetuo, en donde el primer martes en febrero es siempre el día 7, el tercer viernes de marzo es siempre el día 15, etc. simplificaría grandemente estos asuntos.

Los periodos de los tribunales comienzan generalmente el primer día del mes. Por ejemplo, el funcionario del Tribunal Supremo puede dar aviso de que el tribunal se volverá a reunir el primer lunes de octubre. Esto sería una fecha variable en nuestro actual calendario y es un problema determinarlo sin hojear las páginas del calendario, pero en el Calendario Mundial, el funcionario puede ser más exacto y decir siempre que el tribunal se volverá a reunir el lunes 2 de octubre.

En algunas leyes estatales, las escuelas deben incluir 180 días de clase. Pero, la primera mitad del año, con el actual calendario, tiene un número distinto de días que la segunda mitad. Además, las vacaciones escolares se deben cambiar cada año. La elaboración de estos ajustes cuesta dinero, consume tiempo, y es uno de los dolores de cabeza más grandes para la administración educativa cada año. El Calendario Mundial aliviaría tales problemas.

Elisabeth continúa explicando cómo los ámbitos de la agricultura, el trabajo, la ciencia, el hogar, y la religión se benefician todos con el Calendario Mundial. Ella parece tener toda la confianza en el mundo de que su sistema tiene sentido para todo el mundo, en parte porque como devota protestante, ella atribuyó su epifanía sobre la reforma del calendario y el Calendario Mundial a la intervención divina. Naturalmente primero preguntó a su pastor acerca de su proyecto, y en el ejemplar de Liberty Magazine del 19 de febrero de 1938 él recordó que le había dicho a ella que “no veía nada irreligioso en la revisión del calendario. Muchos clérigos de todas las religiones”, dijo él, “luchaban contra la idea de la fiestas móviles”. Cuando Elisabeth presentó su esquema ante su abogado, él exclamó “¡Cielos! ¡Lo que esto haría por resolver los plazos de los tribunales!” Y, cuando Elisabeth visitó al presidente de su banco, ella oyó, “¡Quienquiera que haya inventado ese calendario debe tener la bendición de cada contable!”

Aunque seguramente esta afirmación le animó, Elisabeth sabía que para llevar adelante su plan lo tendría que poner a prueba con la gente del mundo, no sólo con sus propios vecinos. Ella se dirigió primero a su propia ciudad, después a su propio país, y finalmente se dirigió al mundo, en donde permanecería hasta su muerte. Ella disponía solo de unos pocos meses antes de que necesitara someterlo a la Liga. En los banquetes sociales y las casas de té de alto nivel de Nueva York tales como Colony Club, ella cautivaba a los comensales hablando sobre su proyecto con palabras bien moduladas, poderosas. Aunque sus audiencias eran al principio las esposas de la alta sociedad, que terminaron llamándole cariñosamente la “señora del calendario”, ellas se sorprendieron por la pasión obvia de su carácter, normalmente reservado. En una de esas cenas, según el New York Herald Tribune, ella siguió su curso normal de hacer propaganda a sus compañeros de cena de la transparencia de su calendario. Enfrente de ella, un invitado la escuchó atento, y comentó: “Interesante, pero nadie moriría por esa causa”. Con total sinceridad, Elisabeth contestó: “Yo sí podría”.

Aunque nunca le pidieron morir por su calendario, ella se tomó mucho trabajo en promoverle, incluso en lugares donde parecería completamente inadecuado que lo hiciera. Durante

una emisión de radio en 1940 del popular programa, Almuerzo en el Waldorf, ella sorprendió a sus anfitriones demostrando su habilidad en el negocio cuando interrumpió un anuncio de cigarrillos Camel para empezar su discurso. El anfitrión Ilka recobró su programa diciendo, “Bien, buena suerte a usted, Srta. Achelis, y un feliz día de fiesta mundial. Ahora, quisiera presentarles a la persona más dulce que conozco. ¿Por qué no podría tener ella la afición por hacer caramelos?” En la transcripción escrita de esta entrevista, Elisabeth había borrado el nombre del fabricante de caramelos, y había corregido todas las palabras deletreadas mal y los errores gramaticales. Ella era indomable, y si ella no podía despertar el interés de las amas de casa de América porque preferían hablar del azúcar glaseado, ella por lo menos lo intentaría.

Ella pronto amplió su círculo social, creyendo que encontraría partidarios con los bolsillos igualmente profundos, pero que podrían estar inclinados a tomar la acción de evaluar la situación en su cruzada de proselitismo. Una de estas primeras reuniones fue descrita el 30 de diciembre de 1939, en un artículo en el *The New Yorker*, en el cual Elisabeth era el tema de “Perfiles”. **“Cómo de absurdos nos sentiríamos,”** ella dijo al Present Club Day en Princeton según se informa, **“¡si cada año el 1 de enero tuviéramos que tirar todos los relojes del año pasado, nuestras cintas métricas y nuestras medidas de la cocina, de modo que tuviéramos que instalar relojes con nuevas y diversas horas, cintas métricas con distinta disposición de pulgadas, y medidas con diverso sistema de libras y de onzas!”** Ella usó su tiempo sabiamente y generó bastante ayuda, por lo que el Calendario Mundial fue tan bien recibido en Ginebra en la reunión de la Organización Internacional del Trabajo que la Liga prometió conceder algo de dinero y dedicar tiempo a investigarlo. Desde ese momento, Elisabeth trabajó incansablemente para promover su plan. Después de registrar el Calendario Mundial y su descripción para evitar que nadie pudiera modificarlo, ella creó la oficina americana sin ánimo de lucro de la Asociación del Calendario Mundial. Ella entonces contrató a un pequeño equipo que trabajó igualmente duro para publicar folletos y, en 1931, inauguró el Periódico para la Reforma del Calendario. El periódico fue publicado anualmente durante veinticinco años, mientras tanto Elisabeth también escribió cuatro libros sobre el tema. En cada carta de correspondencia, Elisabeth enumera las fechas de ambos calendarios, de esta manera:

Calendario actual: 26 de abril de 1939; Calendario Mundial: 25 de abril de 1939

Incluso cuando ambas fechas coinciden, como ocurre desde septiembre a enero, ella las enumera ambas para demostrar con qué poca frecuencia hasta un cambio suave ocurriría.

Para entonces, Elisabeth y sus colaboradores habían generado una cantidad enorme de interés y de ayuda mundial. En 1936, Elisabeth trasladó la oficina americana de la Asociación del Calendario Mundial, Incorporada, desde su escaso espacio en la Avenida Madison a la oficina 903, en el Edificio Internacional de la Quinta Avenida 630, un local del Centro Rockefeller. Elisabeth diría más adelante sobre esta relocalización que, “un trabajo internacional, como la reforma del calendario, requería un edificio y unos alrededores internacionales, perfectamente representados por las numerosas banderas en el lado oeste de la plaza abierta, denotando las naciones miembro de las Naciones Unidas”. Ella eligió la habitación número 903 porque sumaban doce, por los doce meses del año. Un ejemplar del Calendario Mundial también fue instalado en la “exhibición permanente” del Museo de la Ciencia y de la Industria en el Centro Rockefeller. Foster Vineyard, agente de la entonces vecina Compañía de Seguros de Vida Aetna, observó el objeto expuesto, y escribió a la Asociación del Calendario Mundial para solicitar más información, la cual él después envió a su colega de Arkansas, que reveló que acababa de asistir a una charla en el Rotatory Club, que estaba igualmente impresionado. Foster escribió que a pesar de que el Calenda-

rio Mundial “no va a ser un hecho repentino, es ciertamente una idea constructiva, y se me ocurre que esto sería un programa excelente para nosotros”. Además, W.S. Lacher, Secretario de la Asociación de la Ingeniería Ferroviaria Americana, había estado visitando la oficina de Nueva York desde sus jefaturas en Chicago cuando él encontró el ejemplar expuesto. Su entusiasmo lo incitó a escribir una carta a la asociación que expresaba su acuerdo con la propuesta, y que podría ser muy provechoso para la industria ferroviaria.

Una vez que la prensa americana había tomado su cruzada, y los empleados de sus oficinas respondían a los miles de cartas de aprobación que llegaban en avalancha, Elisabeth se fue de viaje por Europa, Suramérica, África, y Asia. Para 1937, el calendario de 13 meses no era más que una rareza, y Chile apoyado por Panamá, Uruguay, China, Cuba, Brasil, Canadá, Francia, y otras naciones de IWCA presentaron a la Liga de las Naciones un proyecto de convención para la adopción del Calendario Mundial, cuyo texto pronto fue distribuido a todos los gobiernos del mundo. Catorce naciones respaldaron inmediatamente la propuesta, mientras que solamente seis se opusieron, y las otras diez naciones que votaron, tales como Noruega, pretendían respaldarla si ganaba la aceptación internacional. Sin embargo, el Consejo de la Liga decretó que el momento no era el más adecuado para llevar a cabo una conferencia para la reforma del calendario, pero que se podría adjudicar más dinero para la investigación y la educación del Calendario Mundial. Elisabeth había esperado más. Desde 1923, cuando la Liga comenzó a considerar la reforma del calendario seriamente por primera vez, la Liga se había detenido todas las veces antes de llegar a aprobar el calendario, y ahora en 1937 hizo lo mismo otra vez. Parecían absolutamente encariñados con mirarlo; ¿qué les impedía ponerlo en marcha? Y ciertamente, la nueva guerra que se avecinaba en Europa exigió la atención de la Liga, y mientras que la guerra se consolidó la Liga se disolvió.

Inalterable, Elisabeth tomó los fondos que la Liga había dispensado y avanzó. En 1943, continuando con su práctica ahora habitual de solicitar ayuda mundial visitando tantos líderes nacionales del mundo como le era posible; en cuatro días Elisabeth dio la vuelta al mundo rondando alrededor del Departamento de Estado de los E.E.U.U. en Washington. El 22 de marzo, se entrevistó independientemente con los embajadores de Panamá y de México. El día 23 vio a líderes de Perú, de Chile, y del Departamento de Estado de los E.E.U.U. El día 24 tenía una reunión a las 11:00 con la primera secretaria de la embajada de Argentina, y a las 3:30 P.M. se entrevistó con Su Excelencia de China, y a las 4:30 tuvo una reunión con el primer ministro de Uruguay. El día 25 estuvo en la cuarta reunión de los ministros de asuntos exteriores de los veintiuno países panamericanos; después habló con su director; fue a continuación al consulado brasileño, y acabó la conversación épica con Sr. Orekov, embajador de la URSS. El resultado de todas estas negociaciones fue que cada uno de estos gobiernos, a pesar de que estaban interesados en el proyecto del Calendario Mundial, no tomarían la iniciativa, pero sin duda aceptarían y adoptarían el nuevo calendario si los Estados Unidos lo hicieran.

Con este estímulo, Elisabeth permaneció en Washington, llevando sus pertenencias a la habitación de un céntrico hotel, para presionar para conseguir la reforma en los años siguientes. Sus esfuerzos coincidieron en 1946, con el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Cámara de Representantes y el Senado del Congreso de los Estados Unidos consideraba un proyecto de ley para la adopción del Calendario Mundial. En 1947, el proyecto se volvió a presentar, y el gobierno peruano trajo un borrador de resolución para el Calendario Mundial ante el consejo económico y social creado recientemente en las Naciones Unidas. Sin embargo, la UNESCO necesitaba dedicar su tiempo y sus energías a unir las numerosas agencias y políticas rotas por la guerra para que volvieran a estar juntas. Al igual que la Liga había hecho en 1923 al terminar la Primera Guerra Mundial, la

O.N.U. prometió revisar la reforma del calendario otra vez en un futuro próximo en un momento más conveniente.

A pesar de estar desanimada otra vez, Elisabeth se negó valerosamente a ser ignorada y en su lugar redobló sus esfuerzos en respuesta a este último frenazo a su plan. Pronto tuvo delegados en 46 países generando fondos (este vez la O.N.U. no puso dinero en las manos de Elisabeth; sus finanzas estaban invertidas en los esfuerzos para limpiar las áreas destrozadas por la guerra, y en intentar mantener la paz, aún frágil) y educando a los políticos extranjeros, a los líderes religiosos, a los líderes de negocios, y a los reformadores sociales sobre las ventajas del Calendario Mundial. En 1948, decidió este vez ir a ver a los líderes del mundo en sus propios países, en sólo tres meses Elisabeth voló 25.070 kilómetros a todos los países de América Central y de Sudamérica, después a Europa y Asia, acabando el año en África, hablando siempre en estos continentes con presidentes, embajadores, obispos, almirantes, y ministros de asuntos exteriores, de educación y de defensa.

El Periódico para la Reforma del Calendario también le ayudó a continuar difundiendo sus palabras, y conociendo el poder de la prensa, ella comenzó a hacer amigos influyentes en los periódicos extranjeros. Sus nuevos amigos no la decepcionaron. En 1949, los artículos acerca del Calendario Mundial fueron publicados en 32 periódicos franceses. También en ese mismo año, el Periódico publicó una edición internacional especial y los representantes extranjeros publicaron informes de esta edición, destacando su progreso en los países del mundo desde Afganistán a Yugoslavia. Muchas organizaciones mundiales, tales como la Organización Internacional del Trabajo, la Unión Astronómica Internacional, la Federación Mundial de Asociaciones de Educación, respaldaron también el calendario de Elisabeth.

En Estados Unidos, centenares de Cámaras de Comercio, y organizaciones científicas, religiosas, educativas, y de negocios dieron también su apoyo. Un artículo en la Asociación de Prensa, en el cual el secretario de la Unión Atlética Aficionada fue fotografiado sonriendo mientras leía un folleto del Calendario Mundial con el director de la Asociación, fue impreso en 680 periódicos, generado 16.464 dólares de publicidad gratuita, y alcanzado una nueva categoría; en el mundo de los deportes. En Estados Unidos a Elisabeth también le esperaba una de las emociones más grandes de su vida, cuando volvió al todavía prestigioso Lake Placid Club para dar una conferencia sobre la reforma del calendario, exactamente veinte años después de que el Dr. Dewey la hubiera inspirado primero. En letras enormes bajo el menú de la comida del club, Elisabeth Achelis estaba anunciada como la ponente invitada bajo el patrocinio de la Fundación para la Educación del Lake Placid Club.

Los esfuerzos de Elisabeth fueron recompensados; ella había entrado en la lista de las personas importantes, era entrevistada en la mayoría de las revistas y de los periódicos nacionales, y volvió a ser tenida en cuenta en el panorama nacional. Sin embargo, desde el principio Elisabeth dejó claro que este calendario sería la respuesta a los problemas del mundo, y que ella no estaría contenta si hubiera dejado que su pasión fluctuara en el curso del sensacionalismo americano. Ella vio una necesidad mundial de un calendario que tuviera gran sentido ahorrativo, y que también pudiera unir a la gente del mundo, y a todas las personas diferentes de un país. Algunos países, como la India por ejemplo, han tenido muchos, muchos calendarios diferentes e incoherentes. La India tiene tal variedad de religiones e idiomas que parecería imposible que el país entero pudiera utilizar un único calendario.

En 1931, Elisabeth viajó con su amigo, consejero y antiguo corresponsal en el extranjero de la Asociación de la Prensa, Charles D. Morris para ver a Mahatma Gandhi. Descubrieron que él estaba completamente enterado del movimiento del Calendario Mundial, y así

que ambos se pusieron en cuclillas, donde él estaba dándole vueltas, y hablaron casi una hora acerca del calendario. Esta conversación dio lugar a la siguiente carta que escribió Gandhi a Elisabeth Achelis, publicada en el primer Periódico para la Reforma del Calendario:

“En la India hay actualmente varios calendarios en uso. Varios grupos raciales tienen sus propios calendarios, en los cuales el año comienza y termina en fechas diferentes. En estos calendarios se observan distintos días de fiesta, lo que da lugar a mucha confusión. Sería una cosa espléndida si nuestras 350.000.000 personas pudieran tener un solo calendario unificado nacional. Puesto que la mayor parte de los calendarios indios se ajustan a una base de doce meses, sería obviamente más fácil llegar a este común entendimiento. Estoy a favor de tal calendario. Estoy a favor de un calendario estandarizado para el mundo entero, así como también estoy a favor de una moneda única para todos los países. Me han informado, y doy la bienvenida, al movimiento internacional para la reforma del calendario. Estaré siempre dispuesto a aceptar cualquier movimiento honesto que ayude a unificar a la gente del mundo”.

Elisabeth era incansable en su movimiento para comunicarse con tantos líderes influyentes del mundo como pudiera. Morris escribió de su dura campaña, “Cuándo ella va a Europa, ¿se la imaginan en la playa de Lido (Venecia) debajo de una sombrilla? No, ella está con los reyes y los primeros ministros, y consigue su atención respetuosa”.

Ya en 1953, bajo la presidencia de Jawaharlal Nehru, la nueva India independiente sería el país para presentar el Calendario Mundial a las Naciones Unidas por última vez bajo el patrocinio directo de Elisabeth. Aunque muchas naciones mantendrían sus propios calendarios para los acontecimientos sociales, culturales y religiosos, todos convinieron que sería ventajoso utilizar un calendario que los uniera a todos. Desde Nueva Deli, el 18 de febrero de 1953, **El primer ministro Nehru escribió:**

“Estoy contento de que el comité para la reforma del calendario haya comenzado sus trabajos. El gobierno de la India le ha confiado el trabajo de examinar los diversos calendarios seguidos en este país y proponer sugerencias al gobierno para un calendario exacto y uniforme basado en un estudio científico para el conjunto de la India. Me dicen que tenemos actualmente treinta calendarios distintos, diferenciándose unos de otros de varias maneras, incluyendo los métodos de cómputo del tiempo. Estos calendarios son el resultado natural de nuestra pasada historia política y cultural y en parte representan el pasado de las divisiones políticas en el país. Ahora que hemos logrado la independencia, es un propósito obviamente deseable que debe haber cierta uniformidad en el calendario para nuestro pueblo, sociedad y para otros propósitos y que éste se debe basar en un acercamiento científico a este problema.

Es siempre difícil reemplazar un calendario al que la gente está acostumbrada, porque afecta a las prácticas sociales. Pero el intento debe ser hecho aun cuando puede no ser tan completo como lo deseado. En cualquier caso, la actual confusión en nuestros propios calendarios en la India debe ser eliminada. Espero que nuestros científicos den ejemplo en esta materia”.

Cuando el Calendario Mundial apareció ante las Naciones Unidas en 1955, era la octava vez que se presentaba. En las décadas de los 30 y de los 40 nunca parecía ser un buen momento para hablar de la reforma del calendario, pues la Segunda Guerra Mundial y otros conflictos multinacionales exigieron toda la atención. Al final de las décadas de los 40

y de los 50, muchas reformas intentaron resucitar las economías mundiales deterioradas y estabilizar y mejorar las relaciones internacionales, así que para la reforma del calendario hubo de esperar a otro momento al final de una larga lista de estos sistemas rotos. Para 1955, Elisabeth Achelis estaba convencida de que había llegado finalmente el momento en que el mundo aceptara formalmente su querido calendario.

Sin embargo, el 21 de marzo de 1955, el Departamento de Estado anunció a las Naciones Unidas que el Gobierno de los E.E.U.U. no favorecería ninguna acción a través de las Naciones Unidas para cambiar el calendario. Los Estados Unidos tomaron su decisión en una nota remitida por Henry Cabot Lodge, Jr., Representante de los E.E.U.U. en las Naciones Unidas, cuyo texto se reproduce aquí:

“El gobierno de los Estados Unidos no favorece ninguna acción de las Naciones Unidas para revisar el actual calendario. Este gobierno no puede de ninguna manera promover un cambio de esta naturaleza, que afectaría íntimamente a cada habitante de este país, a menos que tal reforma fuera apoyada por una mayoría substancial de los ciudadanos de los Estados Unidos actuando a través de sus representantes en el Congreso de los Estados Unidos. No hay evidencia de tal apoyo en los Estados Unidos para la reforma del calendario. Una gran mayoría de ciudadanos de Estados Unidos se oponen al plan para la reforma del calendario que ahora está en el Consejo Económico y Social. Su oposición se basa en argumentos religiosos, puesto que la introducción de un “día en blanco” al final de cada año podría trastocar el ciclo sabático de siete días.

Por otra parte, este gobierno sostiene que sería inadecuado que las Naciones Unidas, que representan una gran diversidad de creencias religiosas y sociales en todo el mundo, favoreciera cualquier revisión del calendario existente, ya que estaría en conflicto con los principios de la fe de las religiones más importantes.

Este gobierno, además, recomienda que no se emprenda ningún otro estudio sobre el tema. Tal estudio requeriría el uso de mano de obra y de fondos que se podrían dedicar más provechosamente a tareas más vitales y urgentes. Considerando los estudios actuales del problema que se han hecho individualmente por gobiernos con el fin de preparar sus opiniones para el Secretario General en 1947, se considera que cualquier estudio adicional de este tema en este momento no respondería a ningún propósito útil”.

Esta declaración enfureció al gobierno indio que, con elogios y gratitud a Elisabeth, había reintroducido orgulloso la propuesta del Calendario Mundial en las Naciones Unidas. Tomaron las palabras de Henry Cabot Lodge, Jr. como una afrenta personal e indignante, puesto que ellos mismos eran el mejor ejemplo del tipo de nación con “gran diversidad de creencias religiosas y sociales” mencionada. Los países que apoyaron a la India también se sintieron rechazados. Desgraciadamente, puesto que Elisabeth y sus millares de seguidores impulsaron de modo destacado para que un calendario fuera utilizado por todas las naciones, cuando algunas naciones se plantaron y sin el respaldo de los E.E.U.U., todos cedieron y se dio carpetazo a la reforma del calendario.

Sin embargo, Elisabeth no desapareció. Se retiró como presidenta un año más tarde y desapareció la oficina americana de la Asociación del Calendario Mundial, puesto que ya no podría continuar como entidad sin ánimo de lucro. El Diario de la Reforma del Calendario también cesó su publicación en 1956. Pero su Asociación Internacional del Calendario Mundial continuó bajo una nueva dirección y Elisabeth encontró tiempo para sentarse y

escribir su autobiografía. En ella reflexiona sobre la ironía de que su propio país tuviera éxito (pero solo por el momento, señala) en dejarla fuera, y su tristeza porque los E.E.U.U. decepcionaran a tantos países. Ella llama a la necesidad de un estudio adicional “absurdo completo” puesto que más de dos docenas de estudios habían sido realizados sobre la reforma del calendario desde 1923, mencionando que esto era una excusa pobre para la interrupción de la reforma. También, se disgustó al leer que las medidas de la reforma serían rechazadas en base a argumentos religiosos. La misma Santa Sede (la ciudad del Vaticano) había aprobado el Calendario Mundial, como también muchos líderes musulmanes, rabinos, sacerdotes hindúes, y monjes asiáticos. Parecía que el Gobierno de los E.E.U.U. no había entendido este punto completamente. Su utilidad como herramienta económica y de negocios era indiscutible, pero el Calendario Mundial también tenía el poder de unir al mundo. Si la gente lo fuera a utilizar o no los beneficios sociales y culturales era su propia decisión.

En cuanto a que “una gran mayoría de ciudadanos de los Estados Unidos se oponían al plan”, esto también era pura ficción, según Elisabeth. El gobierno nunca había realizado tales encuestas, y sus propias cifras confirmaban completamente lo contrario. Pero si los únicos que se opusieron al plan eran aquéllos que ella todavía no había educado, podemos ver dónde se equivocó Elisabeth. Con toda la atención que ella levantó, según la copiosa cantidad de ayuda anunciada por funcionarios internacionales de alto rango, Elisabeth fracasó en educar al público, tanto en Estados Unidos como en el extranjero. La ignorancia y la apatía parecen ser la razón de que el Calendario Mundial no ganara la aceptación internacional en la primera mitad del siglo XX.

Los grandes soberanos de extensos reinos de las antiguas civilizaciones, Julio Cesar, el gran emperador del imperio romano, y el Papa Gregorio, un Papa soberano, fueron las fuerzas decisivas que propiciaron las reformas del calendario en sus épocas. Las Naciones Unidas tenían el mismo poder para determinar el cambio en el siglo XX. Elisabeth tenía razón al solicitar la ayuda primero a los líderes nacionales, para que ellos a su vez incitaran a sus representantes en la Liga de las Naciones, y después en la O.N.U., para apoyar la reforma del calendario. Sin embargo, simultáneamente Elisabeth necesitaba provocar a las masas. Aunque ella reconocía el poder de la prensa, no recurrió a los periódicos más populares e importantes, y en su lugar los informes de su cruzada tuvieron salida en periódicos más pequeños y oscuros.

Jacques Tirouflet, periodista francés que publicó un artículo sobre el Calendario Mundial en un pequeño periódico suizo en 1948, hizo esta declaración sumaria: “Si se llega a la estabilidad política, si finalmente se logra una armonía pacífica, para el bien de las relaciones económicas, la adopción del Calendario Mundial no parecerá solo una Utopía lejana, este calendario será buscado impetuosamente por el mundo entero”.